

### Los retratos antiguos.

Cuando yo era joven y vivía entregado á las ardientes preocupaciones del presente, no sentía más que desprecio por el pasado. Orgullosa, como todos los de mi edad, de una fuerza que la vida no había gastado aún, de nada dudaba, me vanagloriaba de haber nacido en nuestra época, y celebraba verme figurar entre mis contemporáneos. Si alguna vez volvía la vista atrás, no encontraba más que preocupaciones, ideas falsas ó servilismo; en mi concepto, mi generación abría realmente la historia y llevaba el mundo, como Atlas.

Huérano casi desde la cuna, había crecido entre compañeros de mi edad, sin amigos y sin amigos, cuya afecion pudiese reconciliarme con la vejez, que me disgustaba del mismo modo en las personas que en las cosas, y que, cuando no me hacía reír, me causaba miedo.

Encerrado en los límites de una reducida medianía, yo hubiera deseado poseer esas alas de oro que obligan á franquear todos los espacios; precisado para vivir á ocuparme exclusivamente de mí, yo hubiera querido tener tiempo de ocuparme de los demás para serles útil.

Un suceso inesperado fué á arrancarme de mis trabajos y de mis sueños. Un primo mío, que vivía en un pueblo y de quien jamás había oído hablar, acababa de morir, nombrándome por heredero de todos sus bienes. La carta del notario, en que me daba esta noticia, reclamaba mi presencia como indispensable para activar la entrega de mi herencia, y me vi obligado á tomar la diligencia de Borgoña que debía conducirme al pueblo habitado pocos días antes por el difunto.

Me puse en marcha de muy mal humor, dando al diablo á los países en donde no se encuentran coches de alquiler, y ganando, como Dios me daba á entender, los pantanos que de vez en cuando se ofrecían á mi paso.

Para completar la función, me convení de que eran insuficientes las señas que al apearme de la diligencia me habían dado, á fin de que pudiese llegar al pueblo sin extraviarme; todos los senderos que atravesaban los viñedos tenían para mí el mismo aspecto, por cuya razón me perdí muchas veces; y ya era completamente de noche cuando entré en el pueblo. No tenía más remedio que ir de puerta en puerta para averiguar la casa del primo; y cuando por fin llegué á ella, lleno de barro y aterido, no encontré á nadie.

Un vecino me dijo que la señora Felicidad—ésta era el ama de gobierno—estaba en la iglesia rezando el rosario. Preciso fué esperar su vuelta, y lo hice paseándome por delante del patio con las manos en los bolsillos y con las narices metidas en el cuello de mi paletó.

Esta centinela á la puerta de mi misma casa, quizá me hubiera sido agradable sin la fatiga y la niebla, que se iba convirtiendo insensiblemente en una lluvia muy fina. Ya estaba á punto de perder la paciencia, cuando apareció una mujer muy vieja, á la cual me hizo reconocer su libro de oraciones.

A la vista de un desconocido, parado de pies junto al umbral, se detuvo y me preguntó qué á quién buscaba.

—A la señora Felicidad,—contesté yo titubando.

—Queréis decir á la señora, —repuso la vieja, con un acento un tanto agrio;—soy yo. ¿qué deseáis?

—Por lo pronto, que abráis la puerta, —grité;—después que me proporcionéis los medios de sacarme.

Y para evitar cualquiera otra objeción, le dije cómo me llamaba.

Yo confiaba que al oír mi nombre la anciana me pidiese mil perdones y me hiciese otros tantos cumplimientos; pero no sin sorprenderme, se limitó á mirarme con cierta desconfianza á un estilo que no me dejó muy satisfecho.

—¡Ah! ¿Sois vos heredero?—exclamó sin alterarse.—Eh, ónces voy á prevenir al notario.

—Permitidme que os advierta, señorita Felicidad,—la interrumpí yo con impaciencia,—que lo que más urge es que me pongáis al abrigo de la nieve. Vamos, abrid.

—Perdonadme; pero me han encargado de la custodia de la casa,—respondió la vieja con entereza,—y quiero salvar mi responsabilidad: por lo tanto, podeis quedaros ahí mientras voy á ver al señor notario para que él mismo resuelva lo que debo hacer.

Y sin darme tiempo para que le hiciera otra observación, volvió las espaldas y desapareció por una callejuela.

Yo comencé á pasear de nuevo delante de mi patrimonio, y al cabo de media hora, volvió Felicidad con un hombrecillo que gustaba gafas y que se dió á conocer con el nombre del Sr. Roiseau y al cual presenté la carta que me había escrito y los documentos que acreditaban la identidad de mi individuo. Después de haberlos examinado á la luz de una linterna, se dignó reconocer que yo era la persona en cuestión, y ordenó que se me franquease la entrada.

Durante estas complicadas formalidades yo había continuado matando hormigas y maldiciendo por lo bajo á los notarios cartularios de pueblo. Así que vi abierta la puerta, declaré bruscamente al Sr. Roiseau que al día siguiente me pasaría por su casa para arreglarlo todo, y me precipité en el oscuro corredor, sin invitarle, ni aún por galantería, á que me siguiese.

La anciana criada me alcanzó bien pronto con su linterna, y me condujo á un salón antiquísimo, amueblado con cuatro sillas de paja y un sillón tapizado de zaraza, sin que se vieran más adornos que dos bustos de yeso, que representaban á Pablo y Virginia, colocados sobre la chimenea entre cuatro colochintadas jaspadas.

La dificultad que había encontrado en que me reconocieran, unida al camino y á la niebla, me tenían muy mal templado; yo procuré disimular mi mal humor, y ordené bruscamente al ama de gobierno que encendiese lumbre inmediatamente, y que me preparase la cena mientras examinaba el resto de la casa; y proveyéndome de un candelabro de bronce en el cual lucía un cabo de vela con su correspondiente arandela de papel, empecé el reconocimiento de la habitación de mi difunto primo.

Todo armonizaba perfectamente con el salón, en el cual había sido recibido. Las tapicerías, lastimosamente deterioradas, estaban remendadas por todas partes con pedazos más nuevos, por lo cual parecían guñapos zurcidos; los muebles, de antiquísima figura y de un trabajo tosco, guardaban muy imperfectamente las habitaciones mal acabadas; cuidado, elegancia, comodidad, todo se echaba de ménos en esta rancia casa, en la cual encontré un testimonio elocuente de la barbarie de nuestros padres, y una nueva prueba de que el buen sentido y el buen gusto dimanaban realmente de nuestra generación.

La alcoba, sobre todo, era una cosa curiosisísima. La cama, en forma de ataud, estaba encerrada por cuatro apolladas cortinas de sarga verde; encima de una mesa, que carecía de cajón, se veía un jarrro desportillado y una jofaina de diferente color; y por último, á lo ancho de la pared había colgados algunos antiguos retratos de familia, capaces de dar convulsiones nerviosas á un inteligente.

Pintados en distintas épocas, representaban personajes de diferentes profesiones, entre los cuales vi á un eclesiástico, un mercader, un juez, un oficial de infantería, y, finalmente, un hombre grueso y vulgar, que la señora Felicidad declaró ser su difunto amo.

Esta había venido á buscarme para decirme que la cena estaba dispuesta.

La señorita Felicidad me sirvió una pobre sopa sin aceite y sin manteca, y los restos de una gallina viejísima, á la cual su solicitud maternal no había dejado más que la piel y los huesos. Las sirvienta me manifestó que todo aquello era lo que acostumbraba á comer su difunto amo; pero cumpliendo con los deberes de la hospitalidad, añadió para mí tres manzanas medio podridas y un pedazo de queso cubierto de una capa verdosa.

Más disgustado que nunca de mi viaje, me decidí á acostarme, y la anciana me alumbró hasta la alcoba. Su lecho fúnebre, sus antiguos retratos ennegrecidos me causaron un efecto más desagradable que

la primera vez. Volvíme bruscamente á mi conductora, y le pregunté si había en el pueblo algún tasador.

—Un tasador!—repitió ella.—Yo no sé lo que es eso.

—¿No se hacen aquí jamás ventas públicas?

—¡Ah! Sí, señor.

—¿Y cómo se verifican?

—El pregonero anuncia lo que se trata de vender al son de su tamboril, por todas las esquinas...

—Pues bien, así que amanezca id á buscar al pregonero para que *tamborilee* todo lo que hay aquí.

—¿Cómo! ¿Y nada os reservais?

—Nada.

—¿Ni siquiera las pinturas?

—Ni las pinturas.

—¡Ah, señor! Veo que no lo habeis reflexionado bien; mirad que son retratos de familia.

—He resuelto venderlo todo, conqu... buenas noches.

Y tomé la luz á la señorita Felicidad, que salió haciendo mil exclamaciones y levantando las manos al cielo.

—¿Y qué querrá que haga yo de esos embudados lienzos? ¡Ah! Sí, estoy decidido; yo os venderé, grotescas imágenes, aunque no sea más que por aversión á los tiempos que representais. Este aspecto sombrío es el vuestro, estas costumbres antielegantes y morigeradas las habeis legado vosotros; esta vida, despojada de todos los encantos de nuestra moderna civilización, es vuestra vida perpetua por la tradición. ¡Fuera de aquí, bárbaros! ¡No somos de la misma raza, y por lo tanto nada debe haber de común entre nosotros!

Mientras esto me decía me acosté, pero el cansancio y mi mal humor ahuyentaron el sueño; cogí, pues, el tomo de historia que me había llevado para distraerme durante el camino, y después el inventario de las cosas que constituían mi herencia, y que el notario me había remitido.

En él me aguardaba una sorpresa más agradable que las demás. La cifra total se elevaba á una suma que yo había estado lejos de suponer, y que me hacía casi rico. Este inesperado descubrimiento disminuyó de una manera singular mi fastidio, y empecé á hacer más fácil la digestión de mi pésima cena. Púseme á examinar el inventario por partidas, hasta que las cifras empezaron á fluctuar ante mis párpados medio cerrados, y por último, dejé de ver todo lo que me rodeaba.

Bien pronto me pareció oír sonar un ruido de pasos á mi cabecera; volví á abrir los ojos, y ví á una docena de personajes agrupados junto á mi cama. Todos vestían trajes antiguos y diferentes, en los cuales reconocí, no sin sorprenderme, los de los viejos retratos que adornaban la alcoba, y enseguida fijé mi vista en la pared para hacer la comparación, ¡pero sólo encontré los marcos! ¡Los personajes que rodeaban mi lecho eran las vetustas imágenes de la familia, á las cuales un milagro sin duda acababa de restituir la vida!

Al frente de todos apareció un anciano que yo no había visto en la colección. Mi mirada se detuvo en él con una curiosidad particular que demostré comprender.

—En vano buscarías mi imagen entre esos retratos,—me dijo,—ningun pincel de mi tiempo se hubiera tomado el trabajo de reproducir las facciones de un esclavo como yo; mas comprendiendo las miserias de mi condición, conseguí á fuerza de trabajo comprar mi libertad, y gracias á ella, uno de mis descendientes que ves aquí, ha podido instruirse y llegar á ser sacerdote.

El personaje aludido se adelantó entonces.

—Los pobres y los desgraciados tenían necesidad de apoyo,—dijo con dulce acento,—protegido por el nombre de Cristo, he procurado servirle; he cooperado á que el pueblo se instruyese, á hacerle amar el bien, á fortalecerle por la probidad, la esperanza y la paciencia, mientras que nuestra familia se criaba lentamente á mi sombra y se colocaba entre las de los honrados mercaderes de la provincia.

Un nuevo interlocutor levantó entonces la voz.

—Este puesto transmitido por nuestros padres ha sido engrandecido por mí,—

dijo con cierto aire de importancia:—nombrado síndico de mi corporación, obtuve para ella nuevas inmunidades; nosotros nos reunimos para defender el fruto del trabajo contra la violencia, y yo he sido uno de los fundadores de los privilegios de esta vecindad, que han asociado los intereses generales bajo el nombre de comunes.

—Y yo,—exclamó su vecino, que parecía un magistrado, á juzgar por la toga que vestía y su severo semblante,—yo he contribuido á hacer prevalecer la ley sobre el capricho, y la equidad sobre el crédito. Los más poderosos han tenido que someterse á la decisión de los jueces desarmados; la fuerza se ha humillado ante el derecho.

—¡Sin contar que ella se ha declarado su auxiliar!—añadió un oficial de infantería tostado por el sol.—¡Los descendientes del antiguo esclavo acabaron por decidirse á ceñir la espada y ser los defensores de la patria y de la ley! Desde que ambas han pertenecido á la nación entera, la nación entera ha vertido su sangre por defenderlas; siendo todos soldados, todos nos hemos ennoblecido.

—Sí,—exclamó un último interlocutor, en el cual reconocí el retrato del primo,—mis antepasados habían conquistado para nuestros descendientes la justicia y la libertad; faltaba procurarles recursos, y de ello me encargué yo. Gracias á mis vigiliias y á mis economías, he mejorado poco á poco el corto patrimonio legado por nuestros padres, he aumentado los ahorros, he engrandecido la heredad; á mi muerte dejaré seis veces más de lo que había recibido, y merced á la probidad de la anciana que tengo á mi lado, todo llegará intacto á manos de mi heredero. De este modo le habré asegurado algún ocio para que pueda cultivar su inteligencia, y libertad para que pueda practicar el bien; en una palabra, no sólo la dicha de no tener que ocuparse exclusivamente de él, sino también la de poder consagrar su vida á sus semejantes. Si él es digno de este bien, no dudo que sabrá aprovecharlo, y que quedará en su corazón un poco de reconocimiento hacia el hombre que lo ha preparado una tarea tan agradable. Si yo estoy cierto de que, lejos de ridiculizarle, le bendecirá y sabrá santificar lo que el anciano primo ha economizado generosamente entre los demás.

Estas últimas palabras habían sido pronunciadas con un acento tan vivo y tan sentido, que yo no pude ménos de estremerme y... desperté.

La luz iba á extinguirse, los retratos estaban en su lugar, el inventario y el libro de la historia yacían á los pies de la cama; mi visión no había sido más que un sueño.

Un sueño, ó más bien, la voz de la razón y de la conciencia. Los antiguos retratos eran, á la verdad, el símbolo del pasado; cada uno de ellos traía á mi memoria los servicios prestados por un siglo y por una clase, y todos marcaban, por decirlo así, los pasos del tiempo en la senda del progreso. Para el que sabía comprenderlos, había en ellos una glorificación de la obra realizada por los antepasados.

Un rayo de luz vino á alumbrarme, y tendí las manos hacia los lienzos medio borrados, como si hubiesen pedido verme y escucharme.

—¡Ah! ¡Perdon!—grité,—perdon, antiguos soldados de las edades: ahora comprendo el respeto que os he debido: todos los frutos recogidos hoy, y de los cuales yo me envanecía, han sido sembrados por vuestras manos: el presente no es más que la consecuencia del pasado, y la tradición el instrumento del progreso. Perdonadme vosotros que, aunque no habeis conocido el árbol de la ciencia más que muy pequeño, lo habeis regado con vuestro sudor y vuestra sangre. Yo comprendo que mi orgullo era hijo de la ingratitud, y os reservaré en adelante un lugar piadoso en mis recuerdos.

Y vosotros también, vestigios de un tiempo que no comprendemos, rusticidad de nuestros padres, antiguas costumbres olvidadas, ya no excitareis jamás ni mis risas ni mi indignación, porque yo sabré que sois las ruinas, todavía patentes, de una civilización que ha llenado su tarea.

### Bajo la mesa.

Enrique Wilson es baronet. Decir que es baronet es ni más ni ménos que decir que es inglés, así como decir que es inglés equivale á decir que es excéntrico. Pero Enrique Wilson es el inglés clásico, el prototipo de los baronets, el *non plus ultra* de la excentricidad.

Todos le conocéis, todos le habeis encontrado mil veces, ya por la calle paseando gravemente con su vestido completo á cuadros enormes, ya en los museos con su guía en la mano y lente en el ristre, ya en los teatros con su flemática impasibilidad; todos habeis admirado sus inmensas patillas de un rubio ceniciento, su rostro lacio, sus ojos grises y sin brillo, su fabulosa delgadez, su longitud extraordinaria. Pero como no le conocéis personalmente, tal vez no conocais sus excentricidades, ni sepais que tiene diez mil libras esterlinas de renta.

Una mañana recibí por el correo interior una gran esquela. ¿Quién se habrá muerto? me pregunté á mí mismo, al ver el ancho sobre orlado de negro. Y para contestar á mi pregunta rompí el nema, saqué el pliego que también tenía orla de luto, y debajo de una calavera y dos huesos en cruz, leí estas dos líneas escritas de una letra inglesa correcta y elegante:

«¿Quiéres comer hoy conmigo? En mi casa á las siete.—Wilson.»

—Cosas de Enrique!—dije para mi capote, al encontrar una invitación para una comida bajo las apariencias de una esquela de entierro ó funeral.

A las siete en punto entraba en casa de Lhardy. Enrique y varios amigos se hallaban ya reunidos. Llegaba yo el último apesar de llegar con la más estricta puntualidad. Nada nos hace ser tan puntuales como el estómago.

—Estamos todos,—dijo Wilson.—Pasemos al comedor.

Y abriendo una puerta, nos hizo entrar en otra habitación.

A todo se parecía aquella habitación menos á un comedor. Cubrían las paredes negros tapices salpicados de lágrimas de plata, y luciendo de trecho en trecho el reloj de arena, la hoz de la muerte, deformes cráneos, fémures en cruz y otros emblemas y atributos no ménos alegres, bordados en seda blanca sobre las negras coladuras. La mesa, en vez de blanco lienzo adomado, se hallaba cubierta de un negro mantel de seda; enmedio de ella había un catafalco, cuyas velas eran la única luz que alumbraba la habitación, y sobre aquel catafalco, en un precioso atand de plata, se veía un magnífico salmón; las copas eran cráneos de marfil mortados en pies también de plata; los platos eran también de marfil; las soperas, urnas cinerarias; las fuentes, ataudes de plata como el del catafalco.

Nos quedamos mirándonos unos á otros y contemplando la mustia y apática fisonomía de Enrique. Pero bien pronto al ver lo apetitoso de las ostras y lo incitante de los vinos que brillaban en grandes urnas lacrimatorias de cristal tallado, nos echamos á reír, tomamos asiento y empezamos á comer.

—Explicanos esta charada,—dijo uno en cuanto hubo despachado una docena de ostras.

—Esto es que he echado á la lotería,—contestó Enrique con voz sepulcral y cavernosa.

—¿Quién diablos habla de lotería? Lo que queremos saber es el por qué de esta comida funeral.

—Pues á eso he contestado.

—¡Vaya! Enrique se ha vuelto loco.

—¿No es verdad que cuando trece personas comen juntas, una de las trece muere dentro del año?

—Cierto. Pero ¿á qué viene eso?

—¿Cuántos estamos aquí?

—Uno, dos, tres, cuatro... trece.

—¡Trece!—exclamaron todos con voz no muy segura y riendo de no muy buena gana, pues no hay quien no sea algo supersticioso.

—Pues bien,—continuó diciendo Wilson,—al convidaros á comer, no he tenido otro objeto que echar un billete á la lotería de la muerte. Tengo *spleen*, y comiendo con vosotros he adquirido una



probabilidad de trece de morir en este año.

—Pero nos has hecho tomar contra nuestra voluntad los otros doce billetes y cargar con las doce probabilidades restantes. ¡Vaya unas bromas que gastas!

—¿Sabes á lo que nos has expuesto con tu diabólica excentricidad? A una cosa horrible, espantosa, atroz, mucho peor que la misma muerte. Poca cosa es morir; si la muerte viene poco á poco, manda uno al correo interior una tarjeta con un «S. D. para el otro mundo» para cada uno de sus amigos, y se muere uno cortosamente como manda la buena educación; si la muerte viene de pronto, como un escopetazo, se despiden uno á la francesa, y hasta el valle de Josafat. Pero no es eso á lo que nos exponemos, Enrique, de los demonios. Eso de que se ha de morir en el año uno cuando comen juntos trece, tiene sus más y sus menos, y la estadística se encargará algún día de desmentir tan vulgar aserto. Pero lo que es seguro, incontestable, probado, fuera de toda duda, es que de trece que comen juntos, uno por lo menos se casa dentro del año.

—Enrique, ¿has tenido valor para exponernos á tal peligro?

—Perdonadme, pues yo ignoraba semejante cosa.

—Sólo te perdonaremos con una condición, y es que voluntariamente y en estos doce meses te inmoles cual víctima expiatoria en el ara sangrienta de Himeneo, siendo así nuestro pararrayos matrimonial.

Mientras tanto, la comida había seguido su curso; los que estábamos reunidos éramos todos maestros en el arte de hablar sin perder bocado.

Una descarga cerrada de tapones chocó contra el techo, y el espumoso Champagne llenó los anchos cráneos de marfil que hacían de copas.

—A la salud del que se casa.

Las cabezas empezaron á no estar muy seguras; las alusiones fueron cada vez más desembozadas; el escote de las anécdotas era por momentos más bajo; los cuentos tomaban un color más y más subido. Pero siempre el anónimo servía de careta á la crónica escandalosa, y lo mismo que los nombres propios, se suprimían esas palabras que manchan los labios del que las pronuncia.

Tres ó cuatro periodistas, dos ó tres diputados, banqueros jóvenes, pero ya jefes de casas acreditadas, algunos títulos, un oficial de secretaría, un secretario de embajada y un aprendiz de poeta: hé aquí los que nos hallábamos allí reunidos. Pero todos, menos el que esto escribe, distinguidos por su riqueza, por su posición, por su talento, por su elegancia ó por sus amores: todos amigos del placer, del fino ingenio, de la conversación alegre y bulliciosa; ninguno había pasado el cabo de Hornos de los treinta años.

—Enrique, dí que nos traigan café muy cargado.

—Si quieres con él despejarte la cabeza, te anuncio que es inútil. Habis creído beber vinos ordinarios, y os engañais. El Jerez, el Lacrimacristi y el Constanza que habéis bebido tienen más años que vosotros, y alguno de ellos ha dado la vuelta al mundo. Sus efectos serán repentinos; la alegría que hasta aquí os han producido durará aún un cuarto de hora poco más ó menos; aprovechemos esos quince minutos, pues al terminar quedaremos todos perfectamente embriagados.

Y efectivamente, en aquel cuarto de hora se dijeron cosas nunca oídas, hubo ocurrencias capaces de hacer reír á una estatua y soltar la carcajada á un cementerio.

Y al terminar el cuarto de hora, Enrique caía el último bajo la mesa.

II

Era un lujoso y magnífico salon de baile, iluminado á giorno y saturado de armonía y de perfumes; los ojos cenilleaban bajo los negros antifaces de terciopelo; las mujeres lucían el nacarado satin de sus hombros; los trajes eran caprichosos y de vivos colores; los chistes más ingeniosos, las bromas más espirituales formaban un fuego granado; no se veía un desairado frac ni un triste dominó, ni unos ojos que no brillaran, ni unos labios que no sorrisen.

Y la música lanzaba torrentes de armonía, tocando animados vales y locas tarantelas.

Al pasar frente á un espejo tardé en reconocer mi figura, que se retrataba en la limpia luna de Venecia. Es que en vez de mi traje habitual, iba vestido con un riquísimo traje albanes, espléndidamente

bordado de oro y salpicado de piedras preciosas. Sólo la empuñadura de brillantes de mi puñal valdría un millon. Además, una pequeña careta de terciopelo negro ocultaba la mitad de mi rostro.

Golgada de mi brazo iba una Norma con su blanca vestidura talar y su manto azul, con una diadema de esmeraldas figurando una corona de laurel y lanzando vivos reflejos las preciosas piedras sobre la rubia y blonda cabellera. Los desnudos brazos eran de forma irreprochable, de suave y perfecto modelado; los hombros parecían de viviente nácar. Cubría casi todo el rostro un negro antifaz; pero cosa extraña! por los agujeros de la careta no se veían las negras ó azuladas pupilas de unos ojos, ni pasaba por ellos una mirada lánguida ó burlona; detras de aquellos huecos sólo había un vacío negro, oscuro, sin brillo. ¿Dónde estaban los ojos?

El brazo que se apoyaba en el mio estaba animado, pero frío; se movía como se movería Galatea en el primer momento al pasar de la rigidez del mármol á la vitalidad.

La Norma me hablaba, pero su voz era hueca, estridente, metálica. Y sin embargo, aquella voz resonaba en mi corazón, aquella voz sería el timbre de una voz querida.

Hacia un momento que la extraña máscara guardaba silencio.

—¿Estás casada?—le pregunté.

—Sí. Vamos á algún salon de descanso.

Sallimos del salon de baile y entramos en un pequeño gabinete solitario, discreto, elegante y perfumado como el nido de una mujer bella y aristocrática. Nos sentamos en una muelle otomana.

—¿Te sientas mal?—pregunté á Norma.

—Me ahogo; necesito aire.

Abí un balcon y por él penetró la suave brisa de una noche de Primavera, al mismo tiempo que un pálido rayo de luna.

—¿Por qué no te quitas la careta?—dijo descubriéndome.—El aire libre te haría mucho bien.

—Tienes razón. ¿A qué conservar el antifaz, si ya me has conocido?

Y lentamente se quitó la careta.

Apénas pude contener un grito. La sangre se heló en mis venas.

Debajo del antifaz se ocultaba una deforme calavera, y las descarnadas mandíbulas se movían al hablar, y las órbitas en que debían agitarse los ojos se hallaban huecas, vacías. Una horrible calavera encima de una hermosísima garganta, bajo unos magníficos cabellos rubios y luminosos.

—¿Qué te sucede? ¿Te pones pálido?—dijo Norma.

Cada vez me impresionaba más aquella voz. Mis ojos no podían apartarse de aquella horrible calavera, que despertaba en mí un vago recuerdo que no conseguía precisar.

La máscara se levantó, se acercó á un espejo, y se puso á arreglar el peinado. Miré por casualidad al espejo, y lo que vi en él me causó aún más asombro que cuanto había visto. En el cristal se pintaba un rostro pálido, bello, celestial, con sus suaves líneas, con su tinta mate, con sus ojos azules, claros y pudorosos, con su boca preciosa y sonriente. Volví á mirar á Norma, y su cabeza era una calavera como antes; miré de nuevo en el espejo y vi en él otra vez el rostro de ángel, la celeste belleza que ya había visto, la imagen de mi primero y único amor. ¡Misterio incomprendible! ¿Cómo veían mis ojos retratarse en el espejo otra cosa que lo que se hallaba delante de él?

—Nada me dices,—murmuró ella.—¿No me quieres ya?

Y me echó los brazos al cuello. Y la horrible calavera se aproximaba á mi rostro. Y sus descarnadas mandíbulas se preparaban á darme un terrible y repugnante beso.

De pronto soltó una histérica carcajada. El vestido de Norma se deslizó de los hombros y cayó al suelo. Los hermosos brazos, los nacarados hombros, el delicado talle, se convirtieron en un esqueleto. Y de las deformes mandíbulas salía aquella sarcástica carcajada.

La mano del esqueleto cogió mi mano, y mudo, fascinado, automáticamente, seguí al fantasma sin tener fuerza ni ánimo para oponerme.

El salon de baile estaba ya desierto, las luces apagadas, y sólo por los balcones penetraba algún triste y misterioso rayo de luna.

Bajamos por una regia y ancha escalera, salimos á la calle, atravesamos una plaza, cruzamos varias calles, y nos detuvimos ante una tapia, por encima de la

cual se veían columpiarse los cipreses. Era un cementerio.

El fantasma extendió el brazo, y se abrió una puerta.

Entramos en el composento, y el esqueleto me obligó á acercarme á una tumba. La losa sepulcral estaba levantada; la fosa se hallaba vacía.

—Los que se aman en la vida deben amarse en la muerte,—dijo el fantasma.—Ya que nuestro amor no ha logrado la palma en el mundo, realicémoslo despues de la vida, y sea la tumba nuestro tálamo nupcial.

Y al decir estas palabras, hacia que me acostase en el abierto y vacío sepulcro sin que me fuese dado resistirme.

Enseguida el esqueleto se acostó junto á mí, sosteniendo aún la losa; pero poco á poco fué bajando el descarnado brazo, hasta que la losa cerró por completo la tumba.

.....

—¿Había muerto? La oscuridad me rodeaba. ¿Serían las sombras de la muerte? Palpé á mi alrededor, y mi mano encontró un lienzo. ¡Es mi sudario!—me dije á mí mismo.—Extendí más el brazo y toqué la madera. ¡Es mi féretro!—murmuré para mí capote.

Debo confesar que en aquel momento me la tenía todos conmigo. La idea de verme á los veintiseis años en una caja de muerto y envuelto en un sudario, no me sonreía lo más mínimo, sobre todo sintiéndome lleno de vida.

Hice un violento esfuerzo para romper la cárcel de la tumba, traté de rasgar el presunto sudario, quise romper el estrecho ataúd, y el sudario cedió abriendo paso á la luz, y el ataúd se movió con ruido de vajilla que caía al suelo y se rompía.

El mantel era el sudario, y la mesa el ataúd.

Había soñado bajo la mesa.

Fantasia histórica.

Uno de los más ingeniosos escritores modernos de la Francia, Julio Noriac, refiere en uno de los últimos números del Figaro la siguiente fantasia histórica, que creemos agrada á nuestros lectores:

—Había en mi pueblo—dice—un pobre maestro de escuela llamado Dubrenil, que gozaba de una vida tranquila y sossegada, merced á las lecciones de historia con que solía instruir á una caterva de tímidos adolescentes entre los cuales figuraba un servidor de ustedes.

Nuestro hombre era un antiguo y valiente soldado del imperio: éste era el título que más le ennoblecía á nuestros ojos, porque si he de ser franco, el modo que tenía de darnos á conocer el verdadero carácter de los acontecimientos pasados, era lo más extravagante, de lo más excentrico que puede imaginarse.

Esto no es decir que el bueno de Dubrenil fuese un tonto; por el contrario, era un hombre ingenioso y de buen sentido.

Pero así como cada uno tiene su modo de matar pulgas, cada profesor tiene su método de enseñanza.

Lo más raro es que nuestro maestro de escuela no podía hablar de los héroes de la antigüedad sin hincarles el diente, esto es, sin descargar sobre ellos algunas injurias acompañadas de una sonrisa irónica.

—La historia—decía—ha dado mucha importancia á la mayor parte de los guerreros de la antigüedad, á quienes seguramente hubiera espantado la valentía del bizarro Juan Bautista Bernadotte ó el heroísmo del célebre dominico José Vandamme.

Pericles, cuyo nombre ha pasado á la posteridad, no fué más que un héroe dudoso, limitándose á prestar un generoso apoyo á las artes y á las letras; su elocuencia y su generosidad le granjearon las simpatías de sus compatriotas; por lo demás todos saben lo malparado que salió en la sangrienta campaña del Peloponeso, siendo más tarde objeto del desprecio de los atenienses.

Milcíades, que también ha dado mucho que contar á la historia, era seguramente un gran capitán; pero los méritos que había contraído no eran suficientes para hacerle alcanzar el glorioso sobrenombre de la perla del joyel, con que los tiempos le han bautizado.

Durante su expedición á la Scitia no supo defender un puente que Darios confió á su cuidado, y enmedio de su desesperación ni siquiera pensó que á sus pies había un abismo donde podía sepultar su vergüenza.

Las ponderaciones, los elogios y los mi-

nuciosos detalles que acerca de la batalla de Maraton se han dado, no son para dichos, ni mucho menos para contados. Yo no he tomado parte en la batalla de Maraton—añadía—pero he asistido á otras muchas no menos gloriosas y memorables. Conozco perfectamente lo que son las guerras, y por lo tanto me parece imposible que Milcíades derrotase á trescientos mil hombres con doce mil escasos; á menos que luchara con adversarios de cartón.

Dos héroes excitaban la admiración del maestro de escuela.

El uno era Julio César; el otro Napoleón; y á fuerza de compararlos, había concluido por confundir sus hechos, resultando de esta confusión un galimatías de lo más divertido que puede darse.

—Julio César—nos decía—es sin disputa el héroe más grande de la antigüedad. Nació en Roma, cerca de Ancona; era hijo de padres pobres, pero nobles; y según la opinion de algunos autores, sobrino del cardenal Fesch; digo no, Julio César era sobrino de Mario.

Desterrado de su país por Paoli, aliado entonces de los ingleses, se retiró á los dominios de Nicomedes, rey de Bitinia, en donde permaneció hasta que el señor de Pontecoulant le concedió un destino en el ministerio de la Guerra. Todo el mundo sabe que se educó en la escuela de Apolonio, en donde logró entrar gracias á la protección del conde de Marbeuf.

Al abandonar al rey Nicomedes pasó Julio César al servicio del príncipe de Asia, quien le confió el mando de las tropas durante el sitio de Mitylene. A los veinticuatro años poseía ya esa firmeza de principios, esa seguridad, ese golpe de vista que caracteriza á los grandes hombres. Apénas se puso al frente de sus tropas, comprendió que no había más que un modo de apoderarse de la plaza; tal era el de ocupar primero á Gibraltar.

El triunfo coronó esta acertada resolución.

De vuelta á Roma, Julio César, precedido del renombre de sus gloriosos hechos, fué el idolo de su pueblo.

Enviado á España, su expedición fué una continua victoria; su gloria se aumentó con esta nueva conquista; cuando Roma le envió más tarde á combatir con los galos, se apoderó de Alejandría é hizo prodigios de valor en la batalla de las Pirámides.

Envidioso Pompeyo de los laureles que César había alcanzado, trató de desacreditarle en plena Asamblea, y rogó á los electores que le despojaran de las órdenes que se le habían conferido.

Sabedor Julio César de esta infame trama urdida por uno de sus más implacables enemigos, tomó una enérgica resolución. Instruido por un griego de los peligros que amenazaban á su patria, se embarcó en la fragata la Muiron y la Carre, pasó el Rubicon y exclamó: ¡Alea jacta est! despues de haber dejado á Kleber el mando de su ejército.

Una vez en Roma, fué nombrado jefe de un partido que no podía ver sin horror las desgracias de que era víctima aquel gran pueblo, y en poco tiempo derrotó el orgullo de aquel pervertido gobierno.

Con el auxilio de sus partidarios se alzó con el poder el 18 Brumario, haciéndose nombrar cónsul por diez años.

Abandonando poco despues á su colega Bibulo Sleyes, reunió en turno suyo á Craso y á Cambacer, formando de este modo aquel famoso triunvirato que supo mantener el poder absoluto.

Derrotado Pompeyo en todos los combates, sucumbió al fin en la batalla de Farsalia, y llegando Julio César con este motivo al colmo de la gloria, se proclamó dictador y fué consagrado por el Papa.

Enmedio de sus triunfos no olvidó César los asuntos del imperio. Adulado por el Senado y por el pueblo, sofocó fácilmente las sediciones fomentadas por los republicanos y los partidarios de Pompeyo, los mismos que algunos años antes habían preparado para matarle la máquina infernal.

Despues de inútiles esfuerzos para conservar la paz en sus dominios, no tuvo más remedio que organizar un gran ejército y marchar contra sus enemigos. A su paso por el Asia perdonó á Dejataro, elector de Sajonia; cambió su ducado en reino, y firmó el decreto de Moscow.

De vuelta á Roma, contó la historia de sus hazañas con estas tres palabras: ¡Veni, vidi, vici! Y cuando le indicaron los inmensos peligros á que había estado expuesto, respondió con la sonrisa en los labios:

—Todavía no se ha fundido la bala que me ha de matar.

Despues de anexionar al imperio la Mauritania, la Numidia y las provincias rhinianas, empleó los ocios de la paz en estimular las ciencias y las artes. Reformó la administración pública y ordenó la revision del Código civil.

Gran magistrado, gran capitán, enmedio de su prodigiosa actividad pudo consagrar algun tiempo al estudio de las ciencias positivas, y Ptolomeo le cita como el más grande matemático de su época. Reformó el Calendario, que tenía sesenta y siete dias de más, y para llevar á cabo esta tarea llamó al célebre astrónomo Sosigene, al cual encomendó la dirección del Observatorio.

Su grandeza debía sucumbir bajo la envidia de sus senadores y de sus capitanes, á quienes había colmado de riquezas y de honores.

Los republicanos y los partidarios de Pompeyo se unieron para abatir al coloso. Su muerte fué grande, como su vida: César se ocultó el rostro entre sus manos para no ver los puñales de aquellos á quienes había tratado como á sus propios hijos.

Napoleon fué más dichoso que César; murió asesinado por sus enemigos, pero no experimentó el dolor de ver alzarse ante sus ojos las armas de sus compatriotas.

La fatalidad quiso que Julio César fuese víctima del furor de su hijo. Algunos autores opinan que Bruto conocia las particularidades de su nacimiento, pero que el patriotismo ejercía en él una influencia superior á los sentimientos del amor filial.

En ese caso, Bruto fué doblemente patriota. Pero de todos modos, preferiria llamarme Bruto á llamarme Hudson Lowe.

La posteridad opinará sin duda como yo.

Tal era el modo con que nuestro honrado profesor sabía ejercer su magisterio, y durante mucho tiempo no he cesado de reirme de sus confusas explicaciones.

Hoy no me río; pienso. Pienso que César ha podido dormir tranquilamente en el espacio de dos mil años, y despertarse bajo la forma de Napoleon.

Varietades.

El día 5 de este mes falleció en Turin Teresa Bartolozzi, más conocida por la Gegio, prima y compañera inseparable de Carlota Marchioni, la que inspiró á Silvio Pellico y la amiga de Angelo Brofferio.

Teresa vivió en la intimidad de Napoleon I, de Byron, de Alfieri, de Foscolo, etc., etc.

Un periódico hace notar que ha fallecido el 5 de Mayo, aniversario de la muerte de Napoleon I, y á la misma hora que el vencedor de Austerlitz y de Jena.

La Gegio, que había cumplido noventa, y cuatro años, ha conservado hasta su último momento todas sus facultades intelectuales.

El uso del opio ha pasado á ser para los chinos una verdadera plaga. Los fumadores de opio se cuentan allí por millones, y su número continúa aumentando. Hoy perecen cada año más de 600.000 chinos, víctimas de su fatal pasión. Hace cien años, las Indias sólo exportaban 200 cajas de opio; en 1847 ya subieron á 10.000, en 1850 cerca de 50.000, y en 1875 más de 90.000. Todas las clases de la sociedad china se han dado ya al uso del opio. En Niugpo, ciudad de 400.000 almas, se cuentan 2.700 cafetines donde se fuma opio.

Este narcótico produce estragos terribles entre sus adeptos; los enflaquece y pone lívidos, y el trabajo pasa á ser para ellos un verdadero suplicio. Antes la China tenía una población sobria, vigorosa y entregada al trabajo; mas hoy su mayoría es perezosa, corrompida y criminal. «Todos los tallos de bambú (plumas) de los montes del Sud, ha escrito un autor chino, no bastarian para detallar todos los males que nos causa el opio.»